

La corredora de fondo¹

Grace Paley

Un día, poco antes o después de los cuarenta y dos años, me convertí en corredora de fondo. Aunque estaba gruesa y, en muchos sentidos, en malas condiciones para tal fin, quería ir lejos, y deprisa. No tan deprisa como las bicicletas y los trenes, no tan lejos como Taipei, Hingwen, lugares así, islas de tías de ojos rasgados, como dicen los marineros en las estaciones de autobuses cuando hablan de sus viajes, sino dar vueltas y vueltas al condado, desde la costa a los puentes, por las viejas calles del barrio una o dos veces, antes de que la vejez y la renovación urbana acaben con ellas y conmigo.

Probé primero en el campo, en Connecticut, que, al ser boscoso, siempre está lleno de pimpollos en primavera. Toda creación es secreto, ¿no es cierto? Así que me entrené en los espaciosos terrenos de las colinas suburbanas donde nadie me conocía. Estuve corriendo durante toda la primavera entre cerezos silvestres, luego entre los laureles.

A veces, la gente se paraba y me preguntaba por qué corría; les intrigaba aquella señora que llevaba pantalones cortos de seda que apenas cubrían sus gordos muslos. Me entreno, les contestaba, y sólo me paraba a contestar si me preguntaban con mucha insistencia. Llevaba una camiseta blanca sin mangas, también, con un sujetador excelente, para evitar atraer la atención de viejos y niños mojigatos.

Luego llegó el verano; yo me sentía las piernas bastante fuertes. Di un beso de despedida a los niños. Eran ya muy mayores y, en cualquier caso, el momento de la separación estaba ya muy próximo. Le dije a la señora Raftery que echase un vistazo de vez en cuando y que les diese alguna de esas abominables cenas celtas que cocina.

Les dije que podían largarse cuando quisieran. Podéis tener vida privada, dije. Pero no me metáis en ella.

A buen entendedor..., dijo Richard.

Estás deprimida, Fe, dijo la señora Raftery. Jack, tu novio, que te parece tan extraordinario, no te llama ni te viene a ver, y por eso estás más triste que un prestamista en domingo.

Corta ya esa mierda populachera conmigo, Raftery, mascullé. Se le saltaron las lágrimas, porque eso es lo que es ella: mierda populachera desde los juanetes hasta el moño. Por eso llegué a quererla, a amarla, a inventarla y a soportarla.

Cuando crucé la puerta, todos estaban inclinados ante el televisor, Richard, Tonto y la señora Raftery, viendo las noticias. Que demostraban con imágenes móviles que *había habido* un viaje a la luna y que África y Sudamérica se ocultaban tras una furiosa espiral de nubes.

Dije: Adiós. Ellos dijeron: Sí, de acuerdo, claro.

¡Si están así las cosas, es mejor olvidarlo!, grité, y cogí el metro en Independence para Brighton Beach.

En Brighton Beach hice una parada en el vestuario de las Brisas Salinas, para cambiarme de ropa. Mi padre invirtió, hace veinticinco años, quinientos dólares en el futuro de esa empresa. Aún sigue recibiendo unos tres dólares y medio al año, que van directamente (por decisión judicial) a los Hijos de Judea, para cubrir su déficit.

Nadie prestó demasiada atención cuando empecé a correr, liviana y ágil sobre mis pies. Corrí primero por el camino de tablas, pasé por el lugar donde mi madre

¹ En: Paley, G. *Cuentos Completos*. Barcelona, Anagrama, 2016. Traducción de J. M. Álvarez Flórez y Ángela Pérez.

distribuía octavillas, entre un puesto de helados y una duna degenerada. Aquél era el puesto que habían asignado a mi madre sus camaradas para contener las altas mareas de la crueldad empresarial americana mediante el simple sentido común socialista.

Quise pararme y admirar la larga playa. Quise pararme para pensar admirativamente en Nueva York. No hay muchas ciudades que estén en estado de putrefacción y cuyas orillas salinas, moteadas de ciudadanos, sigan siendo tan arenosas, tan doradas. Pero yo había consumido ya muchísima vida tumbada o de pie y mirando. Había decidido correr.

Después de kilómetro y medio, más o menos, dejé el camino de tablas y empecé a trotar hacia mi viejo barrio. Corría bastante bien. La respiración era lenta y profunda. Pensaba orgullosa que estaba en forma.

De pronto, me vi rodeada por unos trescientos negros.

¿Quién eres?

¿Qué es eso?

¡Miradla! ¿No la veis? ¿Habéis visto alguna vez un culo más gordo?

Pobrecita. No está bien de la chola. Dejadla, muchachos, no seais malos.

Yo viví aquí antes, dije.

Oh, sí, dijeron. En los buenos viejos tiempos de los blancos. Unos tiempos tan malos que no podían durar.

Pero nos gustaba mucho esto. No íbamos nunca a la Avenida Flatbush ni a Times Square. Nos encantaba nuestra calle.

Cuesta de tragar la marea negra.

Me gusta vuestro modo de hablar, les dije. Con metáforas y todo.

Claro. Aprendemos hablando.

Sí, mi gente también tenía una forma especial de hablar. Y no hay que olvidar a los irlandeses. El don de la elocuencia.

¿Quiénes son éstos?, dijo un niño pequeño.

Policías.

Bueno, creo que ahora en la policía no sólo hay irlandeses, sugerí.

Tienes razón, dijeron dos señoras. Hay más que irlandeses. Muchos muchos más. Hay franceses chinos rusos congoleños. Oh, sí, señora, tiene usted razón.

Yo vivía en aquella casa, dije. Aquella casa de apartamentos. Viví allí toda la vida. Hasta que me casé.

Vaya. Qué cosas. Vivir solo en un sitio. Mi madre vivió así en Carolina del Sur. Sólo en un sitio. Su papá trabajaba en el campo. Ella me lo dijo. Siempre había algo que comer. Fuese invierno hubiese guerra hiciese mal tiempo. Roosevelt. ¡Buenos tiempos! ¡Una maravilla! ¡Y no hacía frío! ¡Árboles grandes!

Aquel apartamento. Miré hacia arriba y señalé. Allí, en el tercer piso.

Todos miraron. ¡Y qué! ¡Demonio llorón!, me dijo un joven oscuro. Llevaba gafas de montura de concha y tenía la misma expresión inteligente que los chicos de la universidad municipal cuando a mis dieciocho años les miraba por primera vez.

Aquel muchacho pareció impulsar a todos al desprecio y la cólera, hasta a los más pequeños, que avanzaron hacia mí cantando en un tono espectacular y furtivo, Uh, Demonio, Uh, Demonio. No creo que los pequeños tuvieran mala intención, porque me daban con el dedo y luego se reían.

Aun así, me pareció que lo más prudente era andarse con ojo. Así que introduje algunos datos. Dije: ¿Cuántos nombres de flores conocéis? Flores silvestres, claro. Mi gente sólo conocía dos. Eso dicen ahora, al menos. Ricos o pobres, sólo sabían dos nombres de flores. Rosa y violeta.

Margarita, dijo inmediatamente un chico.

Yerba, dijo otro. Esa *sí* que es una flor, pensé. Todos los demás cogieron el chiste.

Altramuz, lupina, dijo una señora. Viperina, dijo una pequeña exploradora vestida de verde claro con un cinturón verde oscuro. Esgrimió un *Manual de flores silvestres*.

¿Cuántas conoces tú, mamá gorda?, preguntó cordialmente un muchacho. Que yo fuera madre o gorda no le afectaba. Centré en él toda mi atención.

Oh, hijito, dije, llevo mucha ventaja a mi gente. Sólo de flores amarillas, conozco: cinco en rama, diente de perro, lengua de sierpe, ranúnculo de los pantanos y ranúnculo común, acedera dorada, trébol amarillo, peine de Venus, yerba del asno, margarita amarilla, aster áureo, también la flor del agua, que crece junto al agua y, a veces, en ella; y, por supuesto, diente de león. Las he visto todas, además. Las he visto.

Tú pudiste ver China desde el barrio chino, dijo un chico. Y mucho.

Conozco más flores que países. Últimamente, muchos jóvenes han viajado por muchos países.

Yo no. Yo no he estado en ningún sitio.

Ni yo tampoco, dijeron unos diecisiete chicos.

A mí no me dejan, dijo una chiquilla. Hay yonquis borrachos.

Pero ¡Yo! ¡Yo!, gritó un joven negro muy alto, muy guapo, muy bien vestido. Yo soy africano. Mi padre vino de las altas llanuras que nos robaron. Yo he estado en todas partes. Estuve seis meses en Moscú, aprendiendo mecánica. Estuve en Francia, aprendiendo francés. Estuve en Italia, examinando su curioso Renacimiento y la dulzura de la gente. Estuve en Inglaterra, donde estudié el derecho civil y la miseria urbana. Estuve en la Conferencia de la Juventud de Color en Cuba para comprender nuestra pasión. Y aquí estoy ahora. Aquí estoy dispuesto a hacerme ingeniero y volver con mi gente. Bordeando el cabo de Buena Esperanza en un barco de vela noruego. Así aprenderé el excelente y antiguo arte de la navegación a vela, por si fallasen los motores de la nueva sociedad de mi viejo país de tierra adentro.

Tuvimos una cuantía extraordinaria de silencio después de esto. Luego, una señora mayor, vestida de negro con cuello alto de encaje blanco, le dijo a otra señora mayor, vestida exactamente igual: Alegres nuevas cuando alguien tiene un cerebro en la cabeza y no jugo de pescado. Amén, dijeron algunos.

¿Por qué no sube a ver a la señora Luddy, que vive ahora en su casa? Esto me lo dijo la niña exploradora.

Quedará flipada al verla a usted, dijo alguien con una risa sarcástica.

Sólo se flipa con su marido. Le da chocolate.

No sólo a ella, se flipa con muchas.

Yo la acompañaré, dijo la exploradora. Me llamo Cynthia. Estoy en el grupo 355 de Brooklyn.

No voy vestida para eso, dije, mirándome las gordas rodillas.

No debería llevar una camiseta como ésa sin un número atrás, o sin la insignia del equipo. Así parece una prenda interior.

¡Cynthia! No la llesves allí, dijo un chico importante. Está chiflada. No la llesves, ¿entendido?

Lawrence, dijo ella suavemente, como vuelvas a decirme lo que tengo que hacer o lo que no tengo que hacer, te enrolló en aquella farola.

¡Deprisa!, dijo luego enérgicamente, dirigiéndose a mí.

Así que me condujeron al portal de la casa de mi infancia.

La primera puerta que vi aún estaba señalizada en oro viejo, 1A.

Aquí vivía el portero, dije. Era negro.

¿Cómo es posible? Cynthia puso cara de asombro. ¿Cómo es que el portero era negro?

Oh, Cynthia, dije. Luego, me volví a la puerta de enfrente, primer piso fachada, 1B. Recordé. Mira, aquí vivía la señora Goreditsky, una señora muy gorda. Se le morían todos los hijos al nacer. Nacían, luego uno, dos, tres. Muertos. Cinco hijos. Así que el señor Goreditsky dijo: Tengo mala suerte contigo, Tessie, y se largó. Le mandó quince dólares a la semana durante siete años. Luego no volvió a saberse más de él.

La conocí, pobrecilla, dijo Cynthia. El ayuntamiento vino a buscarla hace dos veranos. Lo supieron por el olor. La envolvieron en una lona. No podían sacarla por la puerta. Tuvieron que cortarle un pedazo. Tuvo que ayudarles el tío Roland. Se puso malo.

Hace sólo dos años. ¿Aún seguía aquí! ¿No estaba asustada?

Todos tenemos miedo, dijo Cynthia. No sólo los blancos.

¿Quién vivía aquí arriba, preguntó, en el 2B? Ahora vive mi mejor amiga, Nancy Rosalind. Tiene dos hermanos, y su hermana casada que tiene un niño. Tiene la piel muy clara, no como su madre. Somos de todos los colores.

¿Tu mejor amiga? Qué curioso. Porque ahí vivía mi mejor amiga, precisamente en ese apartamento. Joanna Rosen.

¿Y qué fue de ella?, preguntó Cynthia. ¿También se puso una camiseta de correr?

Mira, Cynthia, si de verdad quieres saberlo, te lo contaré. Se casó con un tipo, un tal Marvin Steirs.

¿Quién es?

Recordé sus triunfos. En fin, es el presidente de una gran empresa, Plásticos Jo Mar. Esa empresa posee una compañía siderúrgica, una emisora de radio, un nuevo tipo de máquina xerox, que te permite hacer veinticinco reproducciones de una vez. Esta empresa hace una buena obra, el Fondo de Investigación Ecológica Jo Mar. El capitalismo hace eso, añadí, para ser políticamente útil.

¿Cómo lo sabes? ¿Vas mucho a su casa?

No. Lo leí todo en la página financiera del periódico, la semana pasada justamente. Me hizo pensar: una vida distinta. Eso es todo.

Peldaños distintos para gentes distintas, dijo Cynthia.

Me senté en los fríos peldaños de mármol y recordé a Ziggy, el primo de Joanna. Era mayor que nosotras. Escribió un poema en el que nos decía que éramos flores encantadoras, y que nuestras piernas eran pétalos que la naturaleza abriría por mucho que nosotras dijéramos que no.

Luego, tuve otros pensamientos interiores más que no podía compartir con una niña, de esos que te hacen poner una expresión vacía y melancólica.

Vaya, has perdido ya el interés, dijo Cynthia. No quieres decir nada. ¿Quién vivía aquí, en el 2A? ¿Quién, dime? Ahora viven dos hombres. Las mujeres vienen y se van. Mi madre dice: Señal de peligro. No te acerques ahí, cariño, no te acerques ahí.

No me acuerdo, Cynthia. De veras que no me acuerdo.

Tienes que acordarte. ¿Para qué has venido, si no?

Entonces, lo intenté. 2A. 2A. ¿Vivían allí los gemelos? Sentí una obligación imperativa, como si recordar fuera imprescindible para la *existencia* del pasado. Lo que no es cierto.

Cynthia, dije, no quiero ir más allá. No quiero ni recordar siquiera.

Vamos, dijo ella, tirándome de los pantalones, ¿no quieres ver a la señora Luddy, la que vive en tu antigua casa? Será divertido, ¿no?

No. No. No quiero ver a la señora Luddy.

Vamos, no deberías hacer caso a esos chicos de abajo. Te gustará. Es buena, verás. En general, no le gusta la gente blanca, pero tú le gustarás.

No, Cynthia, no es eso, pero no quiero ver ahora la casa de mi padre y mi madre.

No sabía qué decir. Dije: Porque mi madre ha muerto. Era mentira, porque mi madre vive en una habitación propia con mi padre, en los Hijos de Judea. Lee el periódico todas las mañanas con la mano puesta sobre su corazón socialista, después del desayuno. Luego le dice con tristeza a mi padre: Todos los días igual. Muriéndose..., muriéndose, muriéndose asesinados.

Mi madre está ya muerta, Cynthia, no puedo ir allí.

Oh..., oh, la pobrecita, dijo ella, mirándome a los ojos. Oh, si mi madre muriese, no sé lo que haría. Aunque fuera ya tan vieja como tú. Creo que me mataría. Se le llenaron los ojos de lágrimas que empezaron a caerle mejillas abajo. Si mi madre muriese, ¿qué haría yo? Ella me protege, ella no dejará que los traficantes me engañen. Ella me sostiene firme. Ella me esconderá en la caja de cedro si viene mi tío Rudford e intenta llevarme otra vez. Ella *no puede* morir. Mi madre.

Cynthia, querida, no morirá. Es joven. Extendí el brazo para consolarla. Podrías venir a vivir conmigo, dije. Tengo dos chicos, son casi adultos. No tengo ninguna chica, y me gustaría tenerla.

¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿Vivir contigo y con dos chicos? Se soltó bruscamente de mi mano y corrió escaleras abajo. No te acerques a mí, blanca de mierda. Conozco a los chicos blancos. Abusarían de mi feminidad negra. Mi madre me lo explicó, no te acerques a los demonios blancos. Que alguien me ayude, empezó a gritar. Venid, que alguien me ayude. Quiere raptarme.

Se pegó a la pared, temblando. Yo también estaba asustada por el miedo que me tenía, tan asustada que no me sentía capaz de decir: querida, no quiero hacerte daño, de veras. Oí a los que venían en su ayuda, voces de chicos grandes gritando: ¡Ya vamos, ya vamos, aguanta, aguanta, ya vamos! Escapé corriendo de su miedo escaleras arriba, subiendo los escalones de dos en dos, hasta llegar a la puerta de mi antigua casa. Llamé, una llamada sonora y terrible, como la del casero.

Mamá no está en casa, dijo una voz infantil. No, no, dije. ¡Soy yo! ¡Una señora! Me persiguen, déjame entrar. Mamá no está en casa. No me dejan abrir a nadie.

¡Soy yo!, grité aterrada. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Déjame entrar!

La puerta se abrió. Una mujer delgada cuya edad no podría calcular, me miraba. Dijo: Pase y cierre bien la puerta. Me cogió con fuerza por el antebrazo. Luego, ella misma echó el cerrojo. La persiguen esos golfos. Me ponen mala. Esconde a esta señora blanca, Donald. Métela debajo de tu cama, tienes una cama alta.

Oh, no te preocupes. Ya estoy bien, dije. Me siento segura y en casa.

Estás en mi casa, dijo ella. Haz lo que te digo, o te echo a la calle.

Me acurruqué debajo del colchón meado de un niño pequeño. Luego oí que llamaban a la puerta. Era una llamada tanteante y respetuosa.

Mi mamá no me deja abrir.

¡Donald!, llamó alguien. ¡Donald!

Oh, no, dijo él. No puedo hacerlo. Me pegaría. Ya la conocéis. Ya me pegó una vez esta mañana. No quiero abrir.

Me quedé allí unas tres semanas, con la señora Luddy y Donald y tres niñitas pequeñas, casi de la misma edad. Le conté un chiste a la señora Luddy de unas gemelas irlandesas. Ellas no son irlandesas, dijo.

Las niñas nos despertaban casi todos los días hacia las siete menos cuarto de la mañana. Les dábamos a todas un biberón y volvíamos a dormir hasta las ocho. Yo preparaba café y ella cambiaba a las niñas. Luego, durante un rato, aquello hedía realmente. Entonces yo solía decir: Bueno, muchísimas gracias, pero creo que voy a marcharme ya. Me voy, sí. Y ella solía decir: Bueno, pero piénsalo otra vez. Yo creo que no debes irte. O si estaba enfadada decía: ¡Vete ya! ¡Largo! Ya he aguantado suficiente mierda de señora blanca como para ahogar a un caballo. ¡Lárgate!

Me acercaba a la puerta, y entonces oía voces. Me da vergüenza decirlo, pero me había vuelto miedosa. Pese a mi amplio amor geográfico al género humano, me veía asaltada por temores locales.

Se escondía una verdad sentimental detrás de todo aquel ir y venir. *Era* mi casa, donde había vivido mucho tiempo atrás mi vida familiar. Yo misma había roto una baldosa del suelo del cuarto de baño tirándole un martillo a los pies a mi hermano Charles mientras él se afeitaba soñadoramente con el pito medio alzado bajo los calzoncillos. El asombro y el conocimiento me asaltaron por primera vez precisamente allí. La cocina era la misma. La mesa era la mesa esmaltada común a nuestra clase: fácil de limpiar, con cantoneras de madera para cucarachas viejas e indigentes que no pudieran llegar hasta la fregadera. (Sin embargo, no era la misma mesa, porque aquélla la había heredado yo, con desportilladuras y todo).

El comedor era muy parecido al nuestro, sólo que nosotros teníamos menos plástico. Quizás por entonces hubiera menos plástico en el mundo. Además, mi madre había puesto hermosos cojines por todas partes, en las camas y en las sillas. Era su forma de expresión artística: bordar de noche o coger tiras de algodón estampado con dibujos muy delicados y coserlas sobre muselina corriente blanca o azul. Las mujeres siempre han utilizado así materiales que viven y mueren a trozos, como andrajos. Es su forma de decir: ésta es mi casa.

La señora Luddy dijo: ¡A jajá!

Por supuesto, dije yo, los hombres no tienen ese desahogo. Por eso dan tantas vueltas y no se están quietos.

Hasta que están lo suficientemente borrachos para tumbarse, dijo ella.

Sí, dije yo, a gran escala, puede verse el mismo comportamiento en la vida. Primero hacen una cosa y luego la destruyen. Luego escriben un libro hablando de lo interesante que es esa cosa.

Tienes algo de razón en esto, dijo ella. A veces añadía: Chica, no sabes *nada*.

Solíamos sentarnos junto a la ventana a mirar. En el alféizar crecían penachitos de brisa. La tarde luminosa doblaba la esquina y subía calle arriba.

Dices los hombres, dijo ella. ¿Te parece que esos son hombres?, preguntó. ¿A qué llamas tú... un hombre?

Cuatro pisos por debajo de nosotras, había una docena de hombres, y a su alrededor, devastación.

Un momento, dije yo. Yo había visto devastación en mi camino, corriendo, se me habían enganchado esquivas de devastación en los zapatos de corredora, y se me había metido en los ojos el polvo. Y había pensado con la indignada cortesía de una ciudadana: Esto es una desdicha para la ciudad de Nueva York, a la que amo, y atravieso corriendo.

Pero entonces, desde el alto puesto de mando de la casa, veía la devastación nítidamente. El piso en el que Jack, mi antiguo y actual amigo, había alcanzado la lúgubre virilidad, había sido destruido, primero por el fuego, luego por la demolición (que es una bola balanceante de acero que destroza dormitorios y cocinas). Debido a este trabajo, podíamos ver una extensión de varias manzanas de ancho y una manzana y

media de largo. La casa de Eddy el Loco aún seguía en pie, aunque destripada, con los marcos de las ventanas negros, sin cristales, y los listones desprendidos. ¡Qué obstinación la de las vigas maestras! Algunas personas o familias aún vivían en las plantas inferiores. En los solares intermedios había un par de sofás viejos mostrando sus caras gordas con los muelles al aire. Como en época de guerra, media docena de árboles, ailantos, habían hallado ya su primer centímetro cuadrado de tierra y empezaban un animoso ataque contra los espacios muertos. De noche, sabía que los animales rondaban por el lugar, aullantes y feroces perros neoyorquinos y gatos callejeros y ratas vigorosas. Daba tanto terror aventurarse por allí como por el parque de la Montaña del Oso.

Alguien debería limpiarlo, dije.

La señora Luddy dijo: ¿Quién crees que debería hacerlo? ¿La señora Kennedy?...

Donald frunció el ceño. Dijo: Eso es precisamente lo que voy a hacer cuando sea mayor. Traeré aquí al hombre de la sanidad y se lo enseñaré. Ve usted eso, cerdo, ¡límpielo inmediatamente! Luego golpeó el suelo con el pie, los ojos fieros.

La señora Luddy dijo: Ven aquí, negrito. Le besó en la cabeza y al mismo tiempo le dio una palmada en el trasero.

Eh, dijo Donald, que se sentía alentado, ¡ahora mirad allí! ¡Vamos, no me oís! ¡Mirad! Aunque lo habíamos visto ya, miramos, para complacerle. Abajo, hombres y muchachos haraganeaban, correteaban, se apoyaban sobre una pierna, luego sobre la otra, se quitaban los calcetines, se rascaban los dedos de los pies, hablaban, se acucillaban, bajaban la cabeza, dormitaban.

Donald dijo: Miradles. No tienen dignidad. Por fuera llevan el pelo afro, pero no saben ser negros *dentro* de la cabeza.

Pensé que el chico debía aprender a ser más comprensivo. Le dije: Hay razones para que la gente sea de ese modo.

Sí, señora, claro, dijo Donald.

De cualquier modo, ¿cómo es que tú nunca bajas a jugar con los otros niños, cómo es que estás tanto tiempo en casa?

A mi mamá no le gusta que lo haga. Algunos son malos. Malos. Podría hacerme drogadicto. Tengo que tener cuidado.

Podría hacerse drogadicto, sí, señor, dijo la señora Luddy.

Debería andar más con chicos de su edad, creo yo.

Ya los ve en el colegio, señorita. No te preocupes por ese problema, ¿quieres?

En realidad, la señora Luddy tampoco salía a la calle. Era Donald quien hacía la compra. Ella dejaba pasar al inspector de la seguridad social, el hombre de los contadores entraba por la cocina para leer el contador. Yo le vi desde la habitación trasera, donde me escondía. Ella recogía el cheque, sólo salía para cobrarlo. Volvía a lavar a las pequeñas, las cambiaba, lavaba la ropa, planchaba, daba de comer a la gente y luego, en las medias horas libres, se sentaba junto a la ventana. A esperar.

Yo creía que vigilaba y esperaba a un hombre concreto. Quise discutirlo con ella, hablar cordialmente, como hermanas. Pero, antes de poder decirle sin manías, Olvídate de ese hijoputa, es un cerdo, yo tenía que exponer algunos datos concretos sobre mí misma, mis hijos, sobre padres, maridos, transeúntes, compañeros de noche y la vida de mi padre y mi madre en aquella habitación junto a aquella misma ventana vespertina.

Le dije, por ejemplo, que en mis peores tiempos me había entregado a un placer físico sumamente simple: consistía en queso cremoso para el desayuno. De hecho, insistí en ello, a veces privando a los niños de artículos y alimentos muy importantes.

Chica, tú no sabes nada de nada, me dijo.

Luego, durante un ratito, habló suavemente, como se habla a una persona que es simple e inocente y está loca y es incorruptible por pura estupidez. Ella había tenido dos placeres especiales de ese tipo para tiempos difíciles, dijo. El primero, los hombres, pero se volvieron asquerosos; las mujeres blancas habían destrozado a los mejores, haciéndoles creer que tenían el pijo de oro macizo. El segundo placer que había probado había sido el vino. Dijo: Me gusta el vino. *Tienes* que tener algo sólo para ti y por ti. Luego dijo: Pero no puedes educar a un muchacho decente si estás todas las noches borracha.

Blancos o negros, dije, volviendo a los hombres, se creían que estaban concediendo un extraordinario don, mientras que sólo era sexo, tan esencial, pero tan banal, como el pan.

Bueno, siempre puedes arreglártelas sin eso, dijo ella. Hay gente que se las arregla.

Le dije que Donald se merecía lo mejor. Yo le quería muchísimo. Le dije que no sabía si tenía defectos, pero que si los tenía, no se le notaban. Soy de las que creen que los niños no tienen defectos, ni siquiera los peores.

Donald era inteligente..., como mis chicos, salvo que de carácter más fácil. Por este motivo, decidí, casi inmediatamente después de establecer mi residencia en aquel hogar, elevarle enseguida al nivel de leer. Le dije que trabajaríamos con libros y periódicos. Fue inmediatamente a la biblioteca del barrio y trajo unos cuantos libros para divertirme. *Cuentos populares negros*, de Julius Lester, y *La guerra de los cochecitos de niño*, que trata de otro barrio, pero relevante.

Donald siempre estaba de acuerdo conmigo cuando hablábamos de leer y escribir. De hecho, cuando yo mencionaba la poesía, me explicaba que él de poesía lo sabía todo, que David Henderson, un poeta negro famoso, había visitado su clase de segundo curso. Así que Donald estaba, al parecer, muy por delante de mi lengua entrometida. Solía estar muy ocupado con las compras. Además, tenía que dedicar muchísimo tiempo a hacer muecas para obligar a reír a las pequeñas, que eran muy serias. Pero si surgía el tema, era capaz de cazar en el aire el poema, de modo que se fundían en él las palabras y la anécdota.

Un ejemplo: aquella mañana, su madre había dicho: Demonios, estoy harta de tanta meada y tantas gasas y tanto lavar. Voy a sentarme junto a esa ventana y a descansar. Él escribió un poema.

Quiero sólo sentarme junto a esa ventana
basta ya de pañales y meadas
de lavar y lavar
y mirar y mirar
aunque sepa que fuera no hay nada.

Donald, dije, eres muy inteligente. Nunca te olvidaré. No me olvides tú a mí, por Dios.

Le haces demasiado caso, dijo la señora Luddy. Ya no se acuerda siquiera de su abuela, y era una persona magnífica, ya no hay gente como ella, jamás dijo una palabra mala.

Sí me acuerdo, mamá, sí me acuerdo. Estaba en la cama, allí. Había un hombre de pie en la puerta. Ella dice: Esdras, yo te maldigo. Mañana estarás aún peor. ¿Por qué decía aquello?

Gomorra, yo creo que era en Gomorra, dijo ella. Ella conocía muy bien la Biblia.

No. No, estaba de visita. Vino a vernos a todos, a sus hijos, a ver cómo nos iba. Nos vio a todos y luego se tumbó en la cama y se murió. Era vieja.

Guardé silencio por la muerte de las madres. La señora Luddy me miró pensativa. Luego dijo:

Mi mamá sabía muchas historias, ella fue quien me educó. Su mamá tenía una cabeza de chorlito, todo el día estaba de pie a la puerta de la cabaña, chupándose el dedo. Era en tiempos de la esclavitud. Un día, pasó por allí un chico. Llamó a la puerta de la primera cabaña y gritó: Hermana, sal, es la libertad. Ella salió. Y dijo: ¿Sí? ¿Cuándo? Él dijo: ¡Ya! ¡Ya es la libertad! Luego llamó a la puerta siguiente y dijo: ¡Hermana! ¡Es la libertad! ¡Ahora! ¡Ya! De una cabaña corría a la siguiente, gritando: ¡Hermana, ya es la libertad!

Oh, recuerdo esa historia, dijo Donald. ¡Es la libertad! ¡Es la libertad!, y se puso a dar saltos.

Tú no te acuerdas de nada, chico. Vamos, coge a Eloise, quiere juntarse a la fiesta.

Eloise tenía dos años, pero estaba muy poco desarrollada. Ya nació pequeña, dijo Donald. La señora Luddy me dejaba comprarle helados y verduras, esperando la época de la col y las acelgas, pero era demasiado pronto. A la col le gustaba el frío. No pensarás estar aquí en noviembre, dijo ella. No, no. Me aparté, sintiendo el roce de la soledad y canté nuestra canción de Eloise:

A Eloise le gustan las abejas
las abejas hacen zum zum
lo mismo que Eloise.

Luego, Eloise se puso a andar a gatas por todo el suelo astillado, zumbando furiosamente.

Oh, niña loca, dijo Donald, zum, zum.

La señora Luddy se sentó junto a la ventana.

Hacéis muchísimo ruido todos, dijo con tristeza. Sois demasiado ruidosos.

A la mañana siguiente, la señora Luddy me despertó.

Es hora de irse, dijo.

¿Qué?

A casa.

¿Qué?, dije.

Bueno, ¿no piensas que tus dos niñitos malcriados estarán llorando por ti? ¿Dónde está mamá? Deben de estar pegados a la ventana. Es hora de irse, señora. Ésta no es una granja de vacaciones gratuitas. Es hora de que nos quedemos nosotros solos un poquito.

Oh, mami, dijo Donald, no nos molesta.

Vamos, coge a Eloise, está llorando. Y calla la boca.

No me ofreció café. Me miraba muy seria todo el rato. Yo intenté mirarla también muy seria, pero no pude, porque me encantaba mirarla.

Donald estaba lloroso, pero no me atreví a volver la cara para mirarle hasta el momento de salir por la puerta. Y entonces le besé en lo alto de la cabeza, quizás demasiado bruscamente, y dije: Bueno, ya nos veremos.

A la entrada había una media docena de chicos y familia haraganeando, discutiendo sobre quién había tirado basura y desde qué ventana. Estaban muy enfadados unos con otros.

Dos jóvenes que vestían túnicas de bellos colores celebraban consejo y conciliaban posiciones en la esquina de la calle. Su acuerdo era total. ¿Cómo es que se les pudren los dientes a las mujeres blancas? ¿Y por qué parecen tan viejas? Una joven que esperaba en el semáforo, dijo: Chitón...

Pasé a su lado, y no empecé a correr hasta que se despejó el camino por Ocean Parkway. Estaba un poco torpe, porque mi forma de vida me había acostumbrado sólo a pequeños movimientos, como un estirón esporádico para poner un cuchillo o una cacerola fuera del alcance de los niños. Corrí unas diez o quince manzanas. Luego llegó mi segundo aliento. Es clásico, famoso entre los corredores, es cuando uno empieza a volar.

En las tres semanas que había estado alejada de la calle, lo de correr se había hecho popular. Yo lo había hecho tranquilamente por mi cuenta, y, como sucede a menudo en este país, la actividad más excéntrica estaba de supermoda. Dos hombres jóvenes corrieron conmigo durante kilómetro y medio lo menos. Se situaron silenciosos a mi lado, y luego giraron en la Avenida H. Un caballero con bigote, que corría torpemente en dirección contraria, me hizo un saludo. Gritó: Hola, *señora*[1].

Cerca ya de casa, crucé corriendo nuestro parque, donde había llevado a tomar el aire a mis hijos las tardes de los fines de semana al acabar el verano. Paré en la zona de juegos del nordeste, donde encontré a una docena de madres jóvenes que cuidaban inteligentemente de sus pequeños. Para prepararlas, sin querer herirlas, dije: De aquí a quince años, vosotras, chicas, estaréis como yo, os habréis equivocado en todo.

En casa era sábado por la mañana. Jack había vuelto y parecía tan triste como siempre, pero había traído dinero y una aspiradora. Mientras se hacía el café, enseñé a Richard a manejarla. Estaban jugando al tres en raya en la pared polvorienta.

Richard dijo: ¡Vaya! ¡Mira quién está aquí! ¡Hola!

¿Alguna novedad?, pregunté.

Carta de papá, dijo él. Del país de las aguas y los lagos, de Chile. Dice que es como Minnesota.

Tu padre nunca ha estado en Minnesota, dije. ¿Dónde está Anthony?

Aquí, dijo Tonto, y entró en la cocina. Pero ya me voy.

Oh sí, dije. Claro. Todos los sábados desayuna deprisa o se salta el desayuno. Va a visitar a dos amigos internados en instituciones psiquiátricas. Son sitios famosos como Bellevue, Hillside, Rockland State, Central Islip, Manhattan. Estas visitas le ocupan todo el día y, a veces, la mitad de la noche.

Encontré en la despensa unos bizcochos de chocolate. Tómalos, Tonto, dije. Recuerdo a casi todos sus amigos de pequeños, siempre saltando y corriendo y comiendo bizcochos. Se enfadó. Dijo: ¡No! ¡Bizcochos de chocolate, no! De eso están llenos los economatos. ¿Por qué no me das dinero?

Jack soltó la aspiradora. Dijo: ¡No! Para eso están sus padres.

Yo dije: Toma, cinco dólares para cigarrillos, un dólar para cada uno.

¡Cigarrillos!, dijo Jack. ¡Maldita sea! ¡Pulmones negros y muerte! ¡Cáncer! ¡Enfisema! Salió resoplando de la cocina. Cogió la bici del cuarto de atrás y se marchó camino de Central Park, cerrado para los coches, pero abierto para los ciclistas. Cuando llevaba unos diez minutos fuera, Anthony dijo: En realidad, sólo está abierto los domingos para los ciclistas.

¿Por qué no lo dijiste? ¿Por qué no puedes ser decente con él?, le pregunté. Es importante para mí.

Oh, Fe, dijo dándome unas palmaditas en la cabeza, pues se había hecho muy alto, con tanto aire como respira. Es bueno para sus pulmones. Y para sus músculos. Pronto volverá.

Tú también deberías andar en bici, dije. Así no se te ablandarían las piernas. Y deberías ir a nadar una vez por semana.

Estoy demasiado ocupado, dijo. Tengo que ver a mis amigos.

Entonces entró en la cocina Richard, que había estado pasando la aspiradora debajo de su cama.

¿Aún estás aquí, Tonto?

Ya me largo, ya me voy, ya, dijo Anthony, no te preocupes.

Oye, dijo Richard. Aquí hay una nota. Es para Judy. Si es que llegas hasta Rockland. No lo olvides. No la abras. No la leas. Sé que la leerás.

Anthony sonrió y se fue dando un portazo.

¿He adelgazado?, pregunté. Sí, dijo Richard. Tienes muy buen aspecto. Aunque, en realidad, nunca lo tuviste malo. Pero ¿dónde estuviste? Me puse malo con las patatas hervidas de la Raftery. ¿Dónde estuviste, Fe?

Bueno, dije. Bueno. Estuve unas cuantas semanas en mi antigua casa, donde vivíamos el abuelo y la abuela y yo y Esperanza y Charlie cuando éramos pequeños. Te llevé allí hace tiempo. No queda lejos del mar, donde la abuela procuraba mantenernos sanos a base de sol y aire.

¿De qué me hablas?, dijo Richard. Deja esa cháchara tonta.

Anthony vino a casa antes de lo esperado aquella noche, porque algunos de sus amigos estaban sometidos a terapia de choque y otros se habían escapado. Estuvo escuchándome un rato. Luego, dijo: No sé de lo que está hablando.

Ni tampoco Jack, pese a la comprensión que suele producir el amor después de la ausencia. Dijo: Explícamelo otra vez. Estaba de buen humor. Dijo: Puedes contármelo dos veces incluso.

Repetí la historia. Todos dijeron: ¿Qué?

Y, sin embargo, es muy simple, pero no sucede mucho hoy en día. Una mujer, con la hirviente energía de la edad madura, corre y corre. Busca las casas y las calles donde transcurrió su niñez. Vive en ellas. Como si fuera aún una niña, aprende lo que va a pasar mañana en el mundo.

The Long-Distance Runner²

Grace Paley

One day, before or after forty-two, I became a long-distance runner. Though I was stout and in many ways inadequate to this desire, I wanted to go far and fast, not as fast as bicycles and trains, not as far as Taipei, Hingwen, places like that, islands of the slant-eyed cunt, as sailors in bus stations say when speaking of travel, but round and round the county from the seaside to the bridges, along the old neighborhood streets a couple of times, before old age and urban renewal ended them and me.

I tried the country first, Connecticut, which being wooded is always full of buds in spring. All creation is secret, isn't that true? So I trained in the wide-zoned suburban hills where I wasn't known. I ran all spring in and out of dogwood bloom, then laurel.

People sometimes stopped and asked me why I ran, a lady in silk shorts halfway down over her fat thighs. In training, I replied and rested only to answer if closely questioned. I wore a white sleeveless undershirt as well, with excellent support, not to attract the attention of old men and prudish children.

Then summer came, my legs seemed strong. I kissed the kids goodbye. They were quite old by then. It was near the time for parting anyway. I told Mrs. Raftery to look in now and then and give them some of that rotten Celtic supper she makes.

I told them they could take off any time they wanted to. Go lead your private life, I said. Only leave me out of it.

A word to the wise ... said Richard.

You're depressed Faith, Mrs. Raftery said. Your boyfriend Jack, the one you think's so hotsy-totsy, hasn't called and you're as gloomy as a tick on Sunday.

Cut the folkshit with me, Raftery, I muttered. Her eyes filled with tears because that's who she is: folkshit from bunion to topknot. That's how she got liked by me, loved, invented, and endured.

When I walked out the door they were all reclining before the television set, Richard, Tonto, and Mrs. Raftery, gazing at the news. Which proved with moving pictures that there *had* been a voyage to the moon and Africa and South America hid in a furious whorl of clouds.

I said, Goodbye. They said, Yeah, O.K., sure.

If that's how it is, forget it, I hollered and took the Independent subway to Brighton Beach.

At Brighton Beach I stopped at the Salty Breezes Locker Room to change my clothes. Twenty-five years ago my father invested \$500 in its future. In fact he still clears about \$3.50 a year, which goes directly (by law) to the Children of Judea to cover their deficit.

No one paid too much attention when I started to run, easy and light on my feet. I ran on the boardwalk first, past my mother's leafleting station—between a soft-ice-cream stand and a degenerated dune. There she had been assigned by her comrades to halt the tides of cruel American enterprise with simple socialist sense.

I wanted to stop and admire the long beach. I wanted to stop in order to think admiringly about New York. There aren't many rotting cities so tan and sandy and speckled with citizens at their salty edges. But I had already spent a lot of life lying down or standing and staring. I had decided to run.

² En: Paley, G. *The Collected Stories*. New York, Farrar, Straus and Giroux, 1994.

After about a mile and a half I left the boardwalk and began to trot into the old neighborhood. I was running well. My breath was long and deep. I was thinking pridefully about my form.

Suddenly I was surrounded by about three hundred blacks.

Who you?

Who that?

Look at her! Just look! When you seen a fatter ass?

Poor thing. She ain't right. Leave her, you boys, you bad boys.

I used to live here, I said.

Oh yes, they said, in the white old days. That time too bad to last.

But we loved it here. We never went to Flatbush Avenue or Times Square. We loved our block.

Tough black titty.

I like your speech, I said. Metaphor and all.

Right on. We get that from talking.

Yes my people also had a way of speech. And don't forget the Irish. The gift of gab.

Who they? said a small boy.

Cops.

Nowadays, I suggested, there's more than Irish on the police force.

You right, said two ladies. More more, much much more. They's French Chinamen Russkies Congoleans. Oh missee, you too right.

I lived in that house, I said. That apartment house. All my life. Till I got married.

Now that *is* nice. Live in one place. My mother live that way in South Carolina. One place. Her daddy farmed. She said. They ate. No matter winter war bad times. Roosevelt. Something! Ain't that wonderful! And it weren't cold! Big trees!

That apartment. I looked up and pointed. There. The third floor.

They all looked up. So what! You blubrous devil! said a dark young man. He wore horn-rimmed glasses and had that intelligent look that City College boys used to have when I was eighteen and first looked at them.

He seemed to lead them in contempt and anger, even the littlest ones who moved toward me with dramatic stealth singing, Devil, Oh Devil. I don't think the little kids had bad feeling because they poked a finger into me, then laughed.

Still I thought it might be wise to keep my head. So I jumped right in with some facts. I said, How many flowers' names do you know? Wildflowers, I mean. My people only knew two. That's what they say now anyway. Rich or poor, they only had two flowers' names. Rose and violet.

Daisy, said one boy immediately.

Weed, said another. That *is* a flower, I thought. But everyone else got the joke.

Saxifrage, lupine, said a lady. Viper's bugloss, said a small Girl Scout in medium green with a dark green sash. She held up a *Handbook of Wildflowers*.

How many you know, fat mama? a boy asked warmly. He wasn't against my being a mother or fat. I turned all my attention to him.

Oh sonny, I said, I'm way ahead of my people. I know in yellows alone: common cinquefoil, trout lily, yellow adder's-tongue, swamp buttercup and common buttercup, golden sorrel, yellow or hop clover, devil's-paintbrush, evening primrose, black-eyed Susan, golden aster, also the yellow pickerelweed growing down by the water if not in the water, and dandelions of course. I've seen all these myself. Seen them.

You could see China from the boardwalk, a boy said. When it's nice.

I know more flowers than countries. Mostly young people these days have traveled in many countries.

Not me. I ain't been nowhere.

Not me either, said about seventeen boys.

I'm not allowed, said a little girl. There's drunken junkies.

But *!! !!* cried out a tall black youth, very handsome and well dressed. I am an African. My father came from the high stolen plains. *I* have been everywhere. I was in Moscow six months, learning machinery. I was in France, learning French. I was in Italy, observing the peculiar

Renaissance and the people's sweetness. I was in England, where I studied the common law and the urban blight. I was at the Conference of Dark Youth in Cuba to understand our passion. I am now here. Here am I to become an engineer and return to my people, around the Cape of Good Hope in a Norwegian sailing vessel. In this way I will learn the fine old art of sailing in case the engines of the new society of my old inland country should fail.

We had an extraordinary amount of silence after that. Then one old lady in a black dress and high white lace collar said to another old lady dressed exactly the same way, Glad tidings when someone got brains in the head not fish juice. Amen, said a few.

Whyn't you go up to Mrs. Luddy living in your house, you lady, huh? The Girl Scout asked this.

Why she just groove to see you, said some sarcastic snickerer.

She got palpitations. Her man, he give it to her.

That ain't all, he a natural gift-giver.

I'll take you, said the Girl Scout. My name is Cynthia. I'm in Troop 355, Brooklyn.

I'm not dressed, I said, looking at my lumpy knees.

You shouldn't wear no undershirt like that without no runnin number or no team writ on it. It look like a undershirt.

Cynthia! Don't take her up there, said an important boy. Her head strange. Don't you take her. Hear?

Lawrence, she said softly, you tell me once more what to do I'll wrap you round that lamppost.

Git! she said, powerfully addressing *me*.

In this way I was led into the hallway of the whole house of my childhood.

The first door I saw was still marked in flaky gold, 1A. That's where the janitor lived, I said. He was a Negro.

How come like that? Cynthia made an astonished face. How come the janitor was a black man?

Oh Cynthia, I said. Then I turned to the opposite door, first floor front, 1B. I remembered. Now, here, this was Mrs. Goreditsky, very very fat lady. All her children died at birth. Born, then one, two, three. Dead. Five children, then Mr. Goreditsky said, I'm bad luck on you Tessie and he went away. He sent \$15 a week for seven years. Then no one heard.

I know her, poor thing, said Cynthia. The city come for her summer before last. The way they knew, it smelled. They wropped her up in a canvas. They couldn't get through the front door. It scraped off a piece of her. My Uncle Ronald had to help them, but he got disgusted.

Only two years ago. She was still here! Wasn't she scared?

So we all, said Cynthia. White ain't everything.

Who lived up here, she asked, 2B? Right now, my best friend Nancy Rosalind lives here. She got two brothers, and her sister married and got a baby. She very light-skinned. Not her mother. We got all colors amongst us.

Your best friend? That's funny. Because it was *my* best friend. Right in that apartment. Joanna Rosen.

What become of her? Cynthia asked. She got a running shirt too?

Come on Cynthia, if you really want to know, I'll tell you. She married this man, Marvin Steirs Who's he?

I recollected his achievements. Well, he's the president of a big corporation, JoMar Plastics. This corporation owns a steel company, a radio station, a new Xerox-type machine that lets you do twenty-five different pages at once. This corporation has a foundation, The JoMar Fund for Research in Conservation. Capitalism is like that, I added, in order to be politically useful.

How come you know? You go over their house a lot?

No. I happened to read all about them on the financial page, just last week. It made me think: a different life. That's all.

Different spokes for different folks, said Cynthia.

I sat down on the cool marble steps and remembered Joanna's cousin Ziggy. He was older than we were. He wrote a poem which told us we were lovely flowers and our legs were petals, which nature would force open no matter how many times we said no.

Then I had several other interior thoughts that I couldn't share with a child, the kind that give your face a blank or melancholy look.

Now you're not interested, said Cynthia. Now you're not gonna say a thing. Who lived here, 2A? Who? Two men lives here now. Women coming and women going. My mother says, Danger sign: Stay away, my darling, stay away.

I don't remember, Cynthia. I really don't.

You got to. What'd you come for, anyways?

Then I tried. 2A. 2A. Was it the twins? I felt a strong obligation as though remembering was in charge of the *existence* of the past. This is not so.

Cynthia, I said, I don't want to go any further. I don't even want to remember.

Come on, she said, tugging at my shorts, don't you want to see Mrs. Luddy, the one lives in your old house? That be fun, no?

No. No, I don't want to see Mrs. Luddy.

Now you shouldn't pay no attention to those boys downstairs. She will like you. I mean, she is kind. She don't like most white people, but she might like you.

No Cynthia, it's not that, but I don't want to see my father and mother's house now.

I didn't know what to say. I said, Because my mother's dead. This was a lie, because my mother lives in her own room with my father in the Children of Judea. With her hand over her socialist heart, she reads the paper every morning after breakfast. Then she says sadly to my father, Every day the same. Dying ... dying, dying from killing.

My mother's dead Cynthia. I can't go in there.

Oh ... oh, the poor thing, she said, looking into my eyes. Oh, if my mother died, I don't know what I'd do. Even if I was old as you. I could kill myself. Tears filled her eyes and started down her cheeks. If my mother died, what would I do? She is my protector, she won't let the pushers get me. She hold me tight. She gonna hide me in the cedar box if my Uncle Rudford comes try to get me back. She *can't* die, my mother.

Cynthia—honey—she won't die. She's young. I put my arm out to comfort her. You could come live with me, I said. I got two boys, they're nearly grown up. I missed it, not having a girl.

What? What you mean now, live with you and boys. She pulled away and ran for the stairs. Stay away from me, honky lady. I know them white boys. They just gonna try and jostle my black womanhood. My mother told me about that, keep you white honky devil boys to your devil self, you just leave me be you old bitch you. Somebody help me, she started to scream, you hear. Somebody help. She gonna take me away. he flattened herself to the wall, trembling. I was too frightened by her fear of me to say, Honey, I wouldn't hurt you, it's me. I heard her helpers, the voices of large boys crying, We coming, we coming, hold your head up, we coming. I ran past her fear to the stairs and up them two at a time. I came to my old own door. I knocked like the landlord, loud and terrible.

Mama not home, a child's voice said. No, no, I said. It's me! a lady! Someone's chasing me, let me in. Mama not home, I ain't allowed to open up for nobody.

It's me! I cried out in terror. Mama! Mama! let me in!

The door opened. A slim woman whose age I couldn't invent looked at me. She said, Get in and shut that door tight. She took a hard pinching hold on my upper arm. Then she bolted the door herself. Them hustlers after you. They make me pink. Hide this white lady now, Donald. Stick her under your bed, you got a high bed.

Oh that's O.K. I'm fine now, I said. I felt safe and at home.

You in my house, she said. You do as I say. For two cents, I throw you out.

I squatted under a small kid's pissy mattress. Then I heard the knock. It was tentative and respectful. My mama don't allow me to open. Donald! someone called. Donald!

Oh no, he said. Can't do it. She gonna wear me out. You know her. She already tore up my ass this morning once. Ain't gonna open up.

I lived there for about three weeks with Mrs. Luddy and Donald and three little baby girls nearly the same age. I told her a joke about Irish twins. Ain't Irish, she said.

Nearly every morning the babies woke us at about 6:45. We gave them all a bottle and went back to sleep till 8:00. I made coffee and she changed diapers. Then it really stank for a while. At this time I usually said, Well listen, thanks really, but I've got to go I guess. I guess I'm going. She'd usually say, Well, guess again. I guess you ain't. Or if she was feeling disgusted she'd say, Go on now! Get! You wanna go, I guess by now I have snorted enough white lady stink to choke a horse. Go on!

I'd get to the door and then I'd hear voices. I'm ashamed to say I'd become fearful. Despite my wide geographical love of mankind, I would be attacked by local fears.

There was a sentimental truth that lay beside all that going and not going. It was my house where I'd lived long ago my family life. There was a tile on the bathroom floor that I myself had broken, dropping a hammer on the toe of my brother Charles as he stood dreamily shaving, his prick halfway up his undershorts. Astonishment and knowledge first seized me right there. The

kitchen was the same. The table was the enameled table common to our class, easy to clean, with wooden undercorners for indigent and old cockroaches that couldn't make it to the kitchen sink. (However, it was not the same table, because I have inherited that one, chips and all.)

The living room was something like ours, only we had less plastic. There may have been less plastic in the world at that time. Also, my mother had set beautiful

cushions everywhere, on beds and chairs. It was the way she expressed herself, artistically, to embroider at night or take strips of flowered cotton and sew them across ordinary white or blue muslin in the most delicate designs, the way women have always used materials that live and die in hunks and tatters to say: This is my place.

Mrs. Luddy said, Uh huh!

Of course, I said, men don't have that outlet. That's how come they run around so much.

Till they drunk enough to lay down, she said.

Yes, I said, on a large scale you can see it in the world. First they make something, then they murder it. Then they write a book about how interesting it is.

You got something there, she said. Sometimes she said, Girl, you don't know *nothing*.

We often sat at the window looking out and down. Little tufts of breeze grew on that windowsill. The blazing afternoon was around the corner and up the block.

You say men, she said. Is that men? she asked. What you call—a Man?

Four flights below us, leaning on the stoop, were about a dozen people and around them devastation. Just a minute, I said. I had seen devastation on my way, running, gotten some of the pebbles of it in my running shoe and the dust of it in my eyes. I had thought with the indignant courtesy of a citizen, This is a disgrace to the City of New York, which I love and am running through.

But now, from the commanding heights of home, I saw it clearly. The tenement in which Jack my old and present friend had come to gloomy manhood had been destroyed, first by fire, then by demolition (which is a swinging ball of steel that cracks bedrooms and kitchens). Because of this work, we could see several blocks wide and a block and a half long. That weird guy Eddy—his house still stood, famous 1510 gutted, with black window frames, no glass, open laths. The stubbornness of the supporting beams! Some persons or families still lived on the lowest floors. In the lots between, a couple of old sofas lay on their fat faces, their springs sticking up into the air. Just as in wartime a half dozen ailanthus trees had already found their first quarter inch of earth and begun a living attack on the dead yards. At night, I knew animals roamed the place, squalling and howling, furious New York dogs and street cats and mighty rats. You would think you were in Bear Mountain Park, the terror of venturing forth.

Someone ought to clean that up, I said.

Mrs. Luddy said, Who you got in mind? Mrs. Kennedy?—

Donald made a stern face. He said, That just what I gonna do when I get big. Gonna get the Sanitary Man in and show it to him. You see that, you big guinea you, you clean it up right now! Then he stamped his feet and fierced his eyes.

Mrs. Luddy said, Come here, you little nigger. She kissed the top of his head and gave him a whack on the backside all at one time.

Well, said Donald, encouraged, look out there now you all! Go on I say, look! Though we had already seen, to please him we looked. On the stoop men and boys lounged, leaned, hopped about, stood on one leg, then another, took their socks off, and scratched their toes, talked, sat on their haunches, heads down, dozing.

Donald said, Look at them. They ain't got self-respect. They got Afros *on* their heads, but they don't know they black *in* their heads.

I believed she was watching and waiting for a particular man. I wanted to discuss this with her, talk lovingly like sisters. But before I could freely say, Forget about that son of a bitch, he's a pig; I did have to offer a few solid facts about myself, my kids, about fathers, husbands, passersby, evening companions, and the life of my father and mother in this room by this exact afternoon window.

I told her, for instance, that in my worst times I had given myself one extremely simple physical pleasure. This was cream cheese for breakfast. In fact, I insisted on it, sometimes depriving the children of very important articles and food.

Girl, you don't know nothing, she said.

Then for a little while she talked gently as one does to a person who is innocent and insane and incorruptible because of stupidity. She had had two such special pleasures for hard times, she said. The first, men, but they turned rotten, white women had ruined the best, give them the idea their dicks made of solid gold. The second pleasure she had tried was wine. She said, I do like wine. You *has* to have something just for yourself by yourself. Then she said, But you can't raise a decent boy when you liquor-dazed every night.

White or black, I said, returning to men, they did think they were bringing a rare gift, whereas it was just sex, which is common like bread, though essential.

Oh, you can do without, she said. There's folks does without.

I told her Donald deserved the best. I loved him. If he had flaws, I hardly noticed them. It's one of my beliefs that children do not have flaws, even the worst do not.

Donald was brilliant—like my boys except that he had an easier disposition. For this reason I decided, almost the second moment of my residence in that household, to bring him up to reading level at once. I told him we would work with books and newspapers. He went immediately to his neighborhood library and brought some hard books to amuse me. *Black Folktales* by Julius Lester and *The Pushcart War*, which is about another neighborhood but relevant.

Donald always agreed with me when we talked about reading and writing. In fact, when I mentioned poetry, he told me he knew all about it, that David Henderson, a known black poet, had visited his second-grade class. So Donald was, as it turned out, well ahead of my nosy tongue. He was usually very busy shopping. He also had to spend a lot of time making faces to force the little serious baby girls into laughter. But if the subject came up, he could take *the* poem right out of the air into which language and event had just gone.

An example: That morning, his mother had said, Whew, I just got too much piss and diapers and wash. I wanna just sit down by that window and rest myself. He wrote a poem:

*Just got too much pissy diapers
and wash and wash
just wanna sit down by that window
and look out
ain't nothing there.*

Donald, I said, you are plain brilliant. I'm never going to forget you. For godsakes don't you forget me.

You fool with him too much, said Mrs. Luddy. He already don't even remember his grandma, you never gonna meet someone like her, a curse never come past her lips.

I do remember, Mama, I remember. She lying in bed, right there. A man standing in the door. She say, Esdras, I put a curse on you head. You worsen tomorrow. How come she said like that?

Gomorrah, I believe Gomorrah, she said. She know the Bible inside out.

Did she live with you?

No. No, she visiting. She come up to see us all, her children, how we doing. She come up to see sights. Then she lay down and died. She was old.

I remained quiet because of the death of mothers. Mrs. Luddy looked at me thoughtfully, then she said:

My mama had stories to tell, she raised me on. *Her* mama was a little thing, no sense. Stand in the door of the cabin all day, sucking her thumb. It was slave times. One day a young field boy come storming along. He knock on the door of the first cabin hollering, Sister, come out, it's freedom. She come out. She say, Yeah? When? He say, Now! It's freedom now! Then he knock at the next door and say, Sister! It's freedom! Now! From one cabin he run to the next cabin, crying out. Sister, it's freedom now!

Oh I remember that story, said Donald. Freedom now! Freedom now! He jumped up and down.

You don't remember nothing boy. Go on, get Eloise, she want to get into the good times.

Eloise was two but undersized. We got her like that, said Donald. Mrs. Luddy let me buy her ice cream and green vegetables. She was waiting for kale and chard, but it was too early. The kale liked cold. You not about to be here November, she said. No, no. I turned away, lonesomeness touching me, and sang our Eloise song:

*Eloise loves the bees
the bees they buzz
like Eloise does.*

Then Eloise crawled all over the splintery floor, buzzing wildly.

Oh you crazy baby, said Donald, buzz buzz buzz.

Mrs. Luddy sat down by the window.

You all make a lot of noise, she said sadly. You just right on noisy.

The next morning Mrs. Luddy woke me up.

Time to go, she said.

What?

Home.

What? I said.

Well, don't you think your little spoiled boys crying for you? Where's Mama? They standing in the window. Time to go lady. This ain't Free Vacation Farm. Time we was by ourself a little.

Oh Ma, said Donald, she ain't a lot of trouble. Go on, get Eloise, she hollering. And button up your lip.

She didn't offer me coffee. She looked at me strictly all the time. I tried to look strictly back, but I failed because I loved the sight of her.

Donald was teary, but I didn't dare turn my face to him, until the parting minute at the door. Even then, I kissed the top of his head a little too forcefully and said, Well, I'll see you.

On the front stoop there were about half a dozen mid-morning family people and kids arguing about who had dumped garbage out of which window. They were very disgusted with one another.

Two young men in handsome dashikis stood in counsel and agreement at the street corner. They divided a comment. How come white womens got rotten teeth? And look so old? A young woman waiting at the light said, Hush ...

I walked past them and didn't begin my run till the road opened up somewhere along Ocean Parkway. I was a little stiff because my way of life had used only small movements, an occasional stretch to put a knife or teapot out of reach of the babies. I ran about ten, fifteen blocks. Then my second wind came, which is classical, famous among runners, it's the beginning of flying.

In the three weeks I'd been off the street, jogging had become popular. It seemed that I was only one person doing her thing, which happened like most American eccentric acts to be the most "in" thing I could have done. In fact, two young men ran alongside of me for nearly a mile. They ran silently beside me and turned off at Avenue H. A gentleman with a mustache, running poorly in the opposite direction, waved. He called out, Hi, señora.

Near home I ran through our park, where I had aired my children on weekends and late-summer afternoons. I stopped at the northeast playground, where I met a dozen young mothers intelligently handling their little ones. In order to prepare them, meaning no harm, I said, In fifteen years, you girls will be like me, wrong in everything.

At home it was Saturday morning. Jack had returned looking as grim as ever, but he'd brought cash and a vacuum cleaner. While the coffee perked, he showed Richard how to use it. They were playing ticktacktoe on the dusty wall.

Richard said. Well! Look who's here! Hi!

Any news? I asked.

Letter from Daddy, he said. From the lake and water country in Chile. He says it's like Minnesota.

He's never been to Minnesota, I said. Where's Anthony?

Here I am, said Tonto, appearing. But I'm leaving.

Oh yes, I said. Of course. Every Saturday he hurries through breakfast or misses it. He goes to visit his friends in institutions. These are well-known places like Bellevue. Hillside, Rockland State, Central Islip, Manhattan. These visits take him all day and sometimes half the night.

I found some chocolate-chip cookies in the pantry. Take them, Tonto, I said. I remember nearly all his friends as little boys and girls always hopping, skipping, jumping, and cookie-eating. He was annoyed. He said, No! Chocolate cookies is what the commissaries are full of. How about money?

Jack dropped the vacuum cleaner. He said, No! They have parents for that.

I said, Here, five dollars for cigarettes, one dollar each.

Cigarettes! said Jack. Goddamnit! Black lungs and death! Cancer! Emphysema! He stomped out of the kitchen, breathing. He took the bike from the back room and started for Central Park, which has been closed to cars but opened to bicycle riders. When he'd been gone about ten minutes, Anthony said, It's really open only on Sundays.

Why didn't you say so? Why can't you be decent to him? I asked. It's important to me.

Oh Faith, he said, patting me on the head because he'd grown so tall, all that air. It's good for his lungs. And his muscles! He'll be back soon.

You should ride too, I said. You don't want to get mushy in your legs. You should go swimming once a week.

I'm too busy, he said. I have to see my friends.

Then Richard, who had been vacuuming under his bed, came into the kitchen. You still here, Tonto?

Going going gone, said Anthony, don't bat your eye.

Now listen, Richard said, here's a note. It's for Judy, if you get as far as Rockland. Don't forget it. Don't open it. Don't read it. I know he'll read it.

Anthony smiled and slammed the door.

Did I lose weight? I asked. Yes, said Richard. You look O.K. You never look too bad. But where were you? I got sick of Raftery's boiled potatoes. Where were you, Faith?

Well! I said. Well! I stayed a few weeks in my old apartment, where Grandpa and Grandma and me and Hope and Charlie lived, when we were little. I took you there long ago. Not so far from the ocean where Grandma made us very healthy with sun and air.

What are you talking about? said Richard. Cut the baby talk.

Anthony came home earlier than expected that evening because some people were in shock therapy and someone else had run away. He listened to me for a while. Then he said, I don't know what she's talking about either.

Neither did Jack, despite the understanding often produced by love after absence. He said, Tell me again. He was in a good mood. He said, You can even tell it to me twice.

I repeated the story. They all said, What?

Because it isn't usually so simple. Have you known it to happen much nowadays? A woman inside the steamy energy of middle age runs and runs. She finds the houses and streets where her childhood happened. She lives in them. She learns as though she was still a child what in the world is coming next.